

FRÍO

El pasado miércoles cogí un cuchillo y me lo hincé con fuerza, una y otra vez, en esa zona del pecho donde se supone que anida el amor. Por la noche la herida estaba azulada, fría, pavorosa. Sólo se me ocurrió tirarme en la cama con varios libros para huir de una realidad que me masacraba.

Uno de ellos fue “En busca de Klingsor”, de Jorge Volpi (Seix Barral), que obtuvo el premio biblioteca breve 1.999. El jurado destacó, entre otros méritos, que se tratara de una novela de “ideas fuertes sobre el mundo”. Y así es en efecto: Una insólita narración “a la alemana” que reflexiona sobre ese universo desconcertante, casi mágico, que se destapó con las teorías de Einstein y con las investigaciones sobre la física subatómica. Y todo ello engarzado en una trama detectivesca que discurre con agilidad por la aberrante realidad que fue el Tercer Reich. Ahí va una de las ideas que lanza el narrador de la historia, un tal Gustav Links (que es el guiñol de Volpi): “Somos lo que vemos”. El mundo, en definitiva, es uno por cada observador.

Cerré el libro y abrí otro que compré en La India: “The Kamasutra of Vatsyayana”. Y en él leí cosas sueltas de lo que escribió ese tal Vatsyayana, que según parece vivió entre los siglos I y VI después de Cristo. Se trata de un manual de alta ingeniería amoroso/sexual que parte del axioma de que la vida es sexo/amor. Así, quien no sea un sabio en esa materia vivirá en permanente desgracia.

Conclusión: Cada persona tiene su propio universo y, a la vez, busca inexorablemente la fusión con otras personas, con otros universos. Vatsyayana afirma que cuando dos personas se enamoran sufren atrozmente ante la imposibilidad física de que sus cuerpos se metan uno en el otro, de que se posean recíprocamente hasta que no quede ningún resquicio de persona fuera de la fusión.

Ahora mi universo está agujereado por los vacíos que él mismo había creado para que se fuera encajando el de la mujer que he perdido. Y siento frío.